

Estadísticas

Por GERMÁN DELGADO PASAPERA
U.P.R., Mayagüez, P.R.

Hace ya mucho tiempo. Yo tenía entonces nueve años. En mi pequeño pueblo —un valle sembrado de casas con patio y cortado en curva por dos ríos— había tres escuelas urbanas, diez tiendas de pulpería, y seis de mercería, cuatro teléfonos, cinco automóviles privados, una docena de carros públicos, cinco camiones de carga, dos panaderías, dos bombas de gasolina, cuatro barberías, tres farmacias, un médico, un dentista, dos abogados, una comadrona, y un número variable de desempleados que mataban su ocio en tres cafetines y dos billares. Una cancha de tierra, acondicionada por los cuarenta jugadores de cuatro equipos de baloncesto, compartía la plaza de recreo con cuatro hermosos jardines y un área de paseo, donde sentados en quince bancos de cemento, los viejos discutían de política local, los jóvenes hablaban de deportes y mujeres y las muchachas casaderas planeaban la próxima jarana del Casino. En otro lugar del pueblo y en otra época del año, un predio que había ocupado el cañaveral servía de escenario a la lucha que sostenían por el campeonato local, cuatro equipos de béisbol, que usaban guantes remendados y pelotas que ya tenían el color de la tierra.

Aún no existía la televisión, pero había en el pueblo una maestra de piano y un grupo de entusiastas —entre ellos tres guitarris-

tas bohemios— que organizaban veladas de fáciles sainetes. Un poeta, el único del pueblo, cantaba al amor que le huía y a la bondad que empezaba a cobrar un tono amarillento como la faz de aquellos tísicos que la sociedad aislaba por temor al contagio...

—Nenes, no pasen por frente de la casa gris, hay allí dos tísicos y escupen a la gente...

Hace ya mucho tiempo. Por las calles quietas, asoleadas, polvorientas, de mi pueblo, vagaban muchos desempleados, muchos soñadores, muchos decepcionados, muchos chiquillos traviosos que corrían en bicicletas alquiladas y robaban los caballos a los jíbaros el Sábado de Gloria para montar el Judas. Completaban el reparto tres locos y cinco prostitutas que andaban en chanclas, y fumando por la calle. No había drogadictos ni maricas. Sí había una mujer de apariencia hombruna que siempre caminaba sola como vivía. Nunca la vieron con nadie. Las madres prohibían a sus hijas que se le acercaran.

—Cuidao con ésa que es una *manflorita* —les advertían y las chicas obedecían por temor al foete y a la marimacho.

No pretendo probar que el mío fuese un pueblo de santos. Demás está decir que este tipo de comunidades no ha existido nunca. Por cuestiones de importancia o faltas de ella, por honor, por celos o por hombría, la sangre había corrido en ocasiones. Pero, generalmente, todo el mundo se llevaba bien. No era la clase de gente que habría apaleado al lobo de San Francisco o crucificado a Jesucristo. Eso sí, eran curiosos, muy curiosos. Por eso, tal vez, se inquietaron tanto aquel día. Hace ya mucho tiempo. Yo tenía entonces nueve años... Y era sábado... Amarradas a los postes del alumbrado, las bestias que habían llegado del campo cargadas de productos agrícolas, relinchaban, defecaban y orinaban, inundando el aire de ruidos y de acres olores penetrantes... Dentro de la plaza de mercado los vendedores, con voces de trompeta, pregonaban a gritos su mercancía, mientras en la carnicería, colgada de unos garfios, la carne fresca esperaba por los compradores que regateaban en los puestos de viandas y verduras. Un vendedor de gandules por litros, refrescaba su garganta quemada por el pregón inútil con una botella de mabí, y el piragüero se enfrentaba a la competencia que le hacían los *limbers* de un ventorrillo cercano. En los alrededores de la plaza la gente mataba el hambre con pasteles, fritos, empanadillas, chicharrones con pan y morcillas con fiamé. De vez en cuando pasaba una carreta de bueyes o un camión cargados de caña, y las cabras

pululaban por las plazas y las calles, alimentándose de *chupas* de *china*, periódicos y anuncios de cine. No pocos retratos de Clark Gable y Joan Crawford desaparecieron en el vientre de una cabra ajena por completo a Hollywood. Frente a la modesta sala de cine con setos de madera cubiertos de zinc, los menores comentábamos las últimas hazañas de Buck Jones. Y chacoteábamos al Tarzán fracasado que se había fracturado un brazo imitando a Johnny Weissmuller en los árboles de la plaza...

Cuando la muchachita que venía del campo entró por la Calle Principal, toda la gente salió a los balcones, y a las puertas de los negocios. Era una niña como de once años, desnutrida y pálida. Iba con la cabeza baja, vestida con un traje color de rosa y andaba con dificultad. A su lado caminaba una mujer flaca, de rostro ajado, huesudo, y moño microscópico. Al pasar frente a la barbería alguien comentó:

—Es la nena del caso. Al elemento lo tienen ya en el Cuartel.

Frente al Cuartel de la Policía se aglomeraron los curiosos haciendo comentarios. Pasadas unas horas, los guardias sacaron al acusado y lo llevaron a la cárcel, seguidos de la muchachería y de algunos adultos. El hombre, un joven fornido y velludo caminaba mirando al suelo. Uno de los guardias le dijo algo y él no contestó pero se sonrió. Unos minutos después bajó el juez, vestido de dril y fumando un enorme cigarro.

A la chiquilla, al salir del cuartel, la montaron en un automóvil. Los muchachos se asomaron a las ventanillas para verla de cerca y ella se cubrió el rostro con las manos. Con sus macanas los policías les hicieron apartarse. Y el carro salió para el hospital, dejando tras de sí una densa nube de polvo.

Todos murmuraban. No hablaban de otra cosa.

—Dicen que el muy *fregao* declaró que *pa* él *toas* las mujeres son iguales, viejas o jóvenes, lindas o feas —comentaba una mujer de pelo canoso.

—¿Una mujer esa criatura? —preguntó un joven, añadiendo—: ¡Qué salvaje!

—Uno de los guardias dijo que cuando la nena vio al tipo comenzó a temblar —dijo otro.

—No iba a temblar na, si al burro ese hasta Catalina Palangana le tiene miedo... —apuntó Chocolate, el limpiabotas.

En ese momento se acercó la Calesa, una vieja cargada de colares y embadurnada de colorete, preguntando con voz ronca:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Que llevan ahí a la nena esa que le hicieron el daño —le respondió una muchacha pálida, de vientre abultado, que se estaba chupando una *china*.

—¿Y por qué haría ese hombre eso? Habiendo tantas mujeres —gritó la Calesa y casi al mismo tiempo, como si quisiera subrayar su protesta, disparó sobre la brea un salivazo color marrón y acercándose a la moza ventruda que se estaba chupando la *china*, le dijo algo al oído que la hizo sonrojar...

Al rato todos nos dispersamos. Algunos hombres entraron a la barbería, otros al billar y las mujeres se fueron a sus casas, menos la moza ventruda de la *china*, que se quedó hablando con un guardia pálido, de bigotito, a quien le decían el Robert Taylor. Los muchachos volvimos al cine a ver los anuncios de una serie en que los indios malos, aullando como fieras, disparaban flechas encendidas sobre las carretas que ocupaban las mujeres y los niños de los blancos buenos. A nadie se le ocurría preguntar dónde estaban las mujeres y los niños de los indios ni por qué éstos tiraban flechas. Algunos indios disparaban también con rifles. Nadie preguntaba tampoco en dónde los conseguían. Había también cuadros de Tarzán, del duende Raudo y de «Camino del Tabaco».

—Mira —dijo uno—, «Camino del Tabaco». Esa la vendrá a ver la Calesa...

Era sábado. Por la noche ofrecerían la serie, que repetirían en el matiné del domingo..... Pero todavía, todo el mundo seguía hablando de la nena y del hombre... Yo, en verdad, me imaginaba algo, pero no entendía bien qué era lo que había pasado. Yo no tenía entonces más que nueve años...